

mano, es formado á la imágen y semejanza de Dios, y heredero de la patria celestial.

Cada uno de los que en este momento me escuchan, querrá sin duda decirme: «á mí no me falta caridad, pues que tengo amigos á los que amo entrañablemente, y por los que no tendria dificultad en sacrificar cuanto poseo.» Lo concedo, pero si no añadís algo para justificaros, desde luego os diré, que vuestra caridad es semejante á la de los gentiles, puesto que estos tambien se unian por estrecha amistad; pero al mismo tiempo odiaban á todos los que no eran sus amigos.

Jesucristo que habia venido á fundar el reino de la caridad, de esa caridad santa de que nos dá tan grandioso ejemplo en este dia de los misterios, y que de un modo terminante y no sujeto á tergiversacion nos la manda practicar, habia dicho en una ocasion á sus discípulos: «Oísteis que fué dicho á los antiguos: No matarás, y quien matare obligado quedará á juicio, y el que dijere á su hermano palabra injuriosa, obligado será á concilio; y quien dijere insensato quedará obligado á la gehenna del fuego (1). De esta manera nos advierte el modo como debemos aun hablar de nuestros prójimos sin ofenderles. Aun hay mas, y atended á esto, vosotros los vengativos, los que miráis con horror aquellos de quienes habeis recibido alguna injuria. Espresamente nos ordena que amemos tambien á nuestros enemigos, porque tambien son nuestros prójimos. Oísteis esta doctrina en el primer viernes de Cuaresma, y escuchásteis al Salvador que dijo á sus discípulos: «Habeis oido que

(1) Math. cap. V, v. 21 y 22.

fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os abarrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.» Pues bien, Jesucristo se encarga de darnos en este dia un solemne ejemplo del modo como debemos amar á nuestros prójimos, por mas que sean nuestros perseguidores ó enemigos.

Volvamos nuestra imaginacion al Cenáculo, y observemos al Salvador á los piés de sus apóstoles. Pedro, el grande apóstol de la fé, el que habia sido el primero en confesar públicamente la divinidad de su soberano Maestro, se resiste el dejarse lavar, porque su corazon amante no le permite ver postrado en su presencia al dueño absoluto del cielo y de la tierra. Pero al fin, persuadido de las palabras del Señor, déjase lavar. Este apóstol era un verdadero amigo de su Maestro. ¿Pero acaso podrá decirse lo mismo de los demas? No, hermanos míos: en aquella asamblea habia un enemigo de Jesus, que lejos de amarle como los demas, le odiaba hasta el extremo de haber ya concertado el entregarle para que le quitasen la vida. Jesus lo sabe, y sin embargo, procede á lavarle los piés como á los demas, con el mismo amor y caridad. ¡Cómo así os postrais, Redentor mio, delante de ese mónstruo de ingratitud que tan villanamente va á obrar con Vos! ¿Por qué no le mostrais vuestro enojo y le reprendeis con dureza su inicuo modo de obrar? ¿Por qué no le arrojais de vuestra presencia como indigno que es de ella? ¡Mas ay! que nunca fué un buen hijo tratado con mas cariño por su amante pa-



dre, como en esta ocasion lo fuera el pérfido discípulo por el amoroso y humildísimo Salvador del mundo. Aquellos piés que mas tarde se habian de dirigir al huerto de las Olivas para que se llevase á efecto la venta del immaculado Cordero, son regados con las lágrimas de Jesus, el cual al mismo tiempo toca á las puertas del endurecido corazon de su discípulo. Grandes eran en verdad las aflicciones y tormentos que el Salvador debia padecer, pero esto ni su misma muerte es en este momento tan amarga como la ingratitud del traidor discípulo. ¿Por qué, le diria al corazon, así obras de un modo tan inícuo con quien ningun mal te ha hecho, y si te ha dispensado beneficios? ¿En qué te he ofendido para que así me vendas? Grande es tu crimen, pero yo te amo y deseo que no te pierdas: llora tu pecado, que dispuesto estoy á perdonarte y á recibirte entre mis brazos, que siempre son los brazos de un padre amante y cariñoso: no así te obstines en tu pecado, oye mi voz, que yo pediré por tí á mi Eterno Padre, como pido por tus compañeros: no permanezcas en el pecado, porque te pierdes sin remedio y para siempre.

En vano, mis hermanos, Jesus llama á aquel corazon que permanece duro como el bronce: la gracia no hace en él efecto alguno: firme en sus iníquos proyectos, suspira tan solo este mónstruo de ingratitud por la hora en que ha de presenciar su prision: así es que teniendo delante al médico celestial, rehusa tomar el remedio que podia curar su pestífera llaga. Imágen espresiva de multitud de Judas, que sordos á las inspiraciones de la gracia y á los llamamientos de Dios, corren precipitadamente por el tortuoso camino de los pecados que conduce al infierno. ¡Qué contraste!

Judas obstinado en la maldad, y el Salvador postrado ante sus piés dándole repetidos golpes de gracia que él desprecia. ¡Observad, mis señores, á Jesucristo en este humildísimo acto, y decidme si habeis visto mas amor, mas extraordinaria caridad! ¡Oh, cristianos, cuánto nos dice este ejemplo admirable del Salvador!

El pueblo pagano no habia conocido leyes tan sábias y justas: lleno de egoismo, nada eran para los hombres las necesidades de otros, y solo procuraban el bien propio: tal vez se unirian alguna vez con lazos de amistad, pero estos se quebraban cuando ya no eran necesarios los unos á los otros. Jesucristo es el bienhechor del género humano: se propone cambiar la religion, abolir todos los cultos difundidos por el universo como sombras de la ignorancia y reunir todos los pueblos bajo una misma ley, pero ley opuesta á las pasiones: en una palabra, propónese formar de todos los pueblos un solo pueblo, de todos los corazones un mismo corazon. Por esto propone al género humano un código de moral tan perfecto, que oscurece á los célebres sistemas de la filosofia. Id repasando y estudiando uno por uno todos los preceptos de la moral evangélica, y los hallareis admirables. Yo por mi parte confieso que aunque no tuviera ninguna otra clase de pruebas para quedar convencido de que Jesucristo era verdadero Dios, bastaríame leer el código de sus leyes: preceptos tan sábios, moral tan sublime, no podian ser parto de una cabeza humana. Era necesario que su autor fuese mas que hombre, era preciso que fuese Dios. ¿Quién sino Dios podia enseñar á los hombres no solamente á amar á los enemigos, sino á hacerles bien? ¿Quién sino Dios podia decir á los mortales, pagad la injuria con un



beneficio, el agravio con perdonar y hacer bien? ¡Oh religion santa y adorable, cuán hermosa eres! ¡Gracias os doy, Salvador de mi alma, porque os habeis dignado concederme la gracia de que nazca y viva en el centro de vuestra verdadera religion! No permitais que me aparte de ella por el pecado, y concededme la nueva gracia de ser observador de sus preceptos.

Habeis visto la misericordia y bondad infinita de nuestro Salvador, que así se postra delante de su enemigo Judas y le lava y besa sus piés con la misma caridad, con el mismo amor que lo hace con los otros discípulos, y habeis oido que primero nos dice, que lo hace para darnos ejemplo, y que al modo que él lo hizo, lo hagamos nosotros, amándonos mutuamente, y despues nos advierte que es un mandamiento nuevo que es su voluntad imponernos. La caridad del Evangelio, no es por cierto la caridad del mundo, pues sus caractéres son sublimes. ¿Os preguntaré yo ahora si cumpliendo con este precepto del Salvador estendeis vuestra caridad á vuestros enemigos? Pero creo que será mas acertado preguntaros primero si amais cristianamente á vuestros amigos. Si en esto encontrais faltas notables, si no amais cual debeis á vuestros padres, á vuestras esposas, á vuestros hijos, ¿cómo amareis á vuestros contrarios?

Yo estiéndome mi vista por el cuadro social, y al ver padres pobres que mendigan el sustento de puerta en puerta, mientras sus hijos se ven rodeados de comodidades; al ver esposos que de nada carecen ínterin que maltratan y hacen carecer hasta de lo mas preciso á sus mujeres; al observar la indolencia de muchos padres, que indiferentes por la suerte de sus hijos los abandonan y no cuidan de educarles cristianamente,

de suerte que formen honrados ciudadanos y buenos cristianos; al advertir la ingratitud de muchos hombres que se convierten en enemigos declarados de aquellos que antes les dispensaran beneficios; al oir tanta calumnia, tanta murmuracion con que se arrebatara la honra sin escrúpulo, yo no puedo menos de esclamar: ¿Dónde está la caridad cristiana? ¿Son estos los que profesan la religion de aquel Dios que dijo: amad no solamente á vuestros amigos, sino tambien á vuestros enemigos, á los que hareis bien y dispensareis beneficios? ¡Ah! Que estos no dan señales de pertenecer al pueblo cristiano, ni son discípulos de aquel Señor que dijo, quiero que mis discípulos sean conocidos por el amor que mutuamente se profesen. *In hoc cognoscent, omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem* (1).

Yo me trasporto con júbilo á los primeros siglos del cristianismo, y allí es donde veo practicada la verdadera caridad. Allí veo á los santos mártires abrazar á sus mismos verdugos y dirigir oraciones al cielo en su favor como antes lo hiciera Jesucristo desde el árbol de la cruz. Si una peste desoladora desarrollada en el Oriente en el siglo tercero, causa los mayores estragos, es admirable ver á los cristianos prestando los mayores auxilios á aquellos mismos que eran los mayores enemigos del nombre cristiano. Nada podia importar á aquellos tiranos el verse abandonados en situacion tan dolorosa por sus mismos parientes y amigos: la caridad cristiana, el amor de aquellos á quienes ellos miraran como enemigos, y que hacian objeto de sus mayores persecuciones, era suficiente para

(1) Joan. cap. XIII, v, 35.



que nada les faltara en medio de la general calamidad.

¡Cuántos triunfos ha conseguido el cristianismo por la caridad! ¡Cuánto podria decirnos en este momento! Pero no permitiéndomelo el tiempo de que puedo disponer, llamaré tan solo vuestra atencion al origen ó causa fundamental de la conversion del anacoreta Pacomio. Hallábase al servicio del emperador, y llegó con otros soldados á un pueblo; fatigados todos de cansancio, de hambre, de sed, y careciendo de todo recurso, una muerte próxima les aguardaba, muerte de que les libraron los cristianos. Los habitantes de aquel pueblo les prodigaron toda suerte de cuidados, aplacaron su hambre y les socorrieron del modo mas abundante. Esta accion maravilló á Pacomio, el cual, no acostumbrado á ver tanta bondad, preguntó qué gente era aquella que tan generosamente les habia socorrido. Dijéronle que eran cristianos, y que sus máximas eran hacer bien sin reparar si aquellos á quienes lo hacian eran amigos ó enemigos. Bastó esto para que detestando los ídolos abrazase el cristianismo, pues que juiciosamente conoció que habia de ser verdadera una religion que enseñaba á hacer bien á la humanidad.

No olvidéis, pues, mis amadísimos oyentes, que somos hermanos, hijos de un mismo Padre, y que la gracia nos tiene unidos con vínculos de amor. Ejerced la caridad, y cuando veais que aquel que necesita de vuestros auxilios es vuestro enemigo ó os ha causado algun mal, fijad vuestra vista en el Cenáculo, y la vista de Jesus postrado ante el traidor Judas, lavando sus piés con el mismo amor que á los buenos apóstoles, os animará á hacer bien á aquel que os ha

hecho mal. Es verdad que recordareis la ofensa que os hizo, ¿pero esta será mayor que la que recibió el Señor de su falso discípulo, que le vendió por treinta dineros?

¡Ay, cristianos! Jesus sale ya del Cenáculo y se dirige al huerto de las Olivas para dar principio á su pasion: escuchad sus últimas palabras, oid que nos dice: «Amaos unos á otros como yo os he amado.» ¿Reusaremos seguir su doctrina y observar sus mandatos? No, Jesus mio: si hasta aquí hemos sido rebeldes, ya nos arrepentimos y ofrecemos practicar la caridad. Al modo que vos lo hicisteis, amaremos á amigos y enemigos para que cumpliendo exactamente vuestra voluntad, logremos un dia ser participantes de los frutos copiosos de la Redencion, y cantar vuestras alabanzas en compañía de los ángeles en la gloria, por eternidad de eternidades. *Amen.*